

Shakespeare evoca pasión y razón

por Harley Schlanger

Al final de un taller de teatro de tres horas, que tuvo lugar en la conferencia del Instituto Schiller del 4 y 5 de septiembre en Pasadena, California, un agitado miembro del Movimiento de Juventudes Larouchistas (MJL) de Los Ángeles encaró al actor y director Robert Beltrán, quien dirigió el taller. “¿Por qué le dedicaste tanto tiempo a tan pocos actores?”, le preguntó incrédulo, pues sólo trabajó con tres grupos que hicieron la misma escena (el acto I, escena ii, de la tragedia *Julio César* de William Shakespeare, en la cual Casio aborda a Bruto para integrarlo a la conspiración contra César). “¿No hubiera sido mejor darle oportunidad a más gente?”

Al tiempo que un grupo se arremolinaba alrededor de Beltrán esperando con ansias su respuesta, para mí era claro, por las preguntas, que la sesión había sido un gran éxito. Había provocado en todos los participantes —incluyendo los 100 o más que no actuaron— una pasión y un deseo por aprender a actuar, por poder comunicar ideas de un modo que capture la imaginación de quienes las experimentan.

Los que “presenciaron” el taller estaban conmovidos más allá de la participación pasiva de un “público” que busca entretenimiento. En cambio, la intriga de la obra los atrapó, en respuesta a la brillante composición de Shakespeare, y al esmerado esfuerzo de Beltrán de llevar a los actores más allá de meramente recitar el texto.

En su introducción al taller, Beltrán discutió cuál cree que debe ser el objetivo de un actor al interpretar un papel. Nunca debe ser gratificar su ego. El actor tiene que actuar con una *intención*, una que esté en comunión con la del dramaturgo, en especial si estás trabajando con los grandes escritores como Shakespeare y Federico Schiller, cuyas obras son tema de investigación del MJL.

Esa intención no puede ser menos que la de organizar al público para que descubra, mediante la “acción” en el escenario, verdades profundas acerca de sí mismos y de su sociedad.

La forma en que esto funciona quedó clara cuando dirigió a la primera pareja: Scott Mooney como Casio, y Michael

Steger en el papel de Bruto. Como los dos batallaron al principio, haciendo una presentación rígida y formal, Beltrán abrió un diálogo socrático con ellos sobre la obra.

Tras algunos intercambios sobre su interpretación, Beltrán subrayó la importancia de en verdad conocer toda la obra para comunicar con éxito las ideas presentadas en cualquier escena. “Esta obra, *Julio César*”, dijo, “refleja lo que está sucediendo en los Estados Unidos hoy. El presentado es un principio. Cuando los ciudadanos se portan como idiotas —como lo vemos en la turba que aparece en la primera escena—, cuando renuncian a sus responsabilidades en tanto ciudadanos, entonces reciben lo que se merecen: ¡a lo mejor un megalomaniaco como César o un títere idiota como nuestro Presidente [Bush]!”

“¿Cómo comunicas esto? Tienes que encajar con el otro, no sólo recitar. Un público no va a sentarse a ver eso”.

“Es esa clase de actuación, de sólo recitar las palabras”, dijo más tarde, “la que hace que la mayoría de los estadounidenses rechacen a Shakespeare pensando que es aburrido. Shakespeare no tiene la culpa, sino los malos actores llevados por su ego y los públicos con una educación deficiente”.

Sin embargo, el público responderá si ve a Bruto y a César metidos en una discusión verdadera. “Éstos son meros personajes en el escenario. Ustedes les dan cuerpo”. Shakespeare les da todo lo que necesitan para darles vida, “pero necesito que ambos les impriman una fuerte intención. Por ejemplo, un deseo de mostrar la gran ironía que Bruto encarna”.

¿Cómo puede hacerse inteligible al público? Es claro que no sólo mediante las palabras.

La acción de la escena empieza cuando César y su enorme séquito, que incluye a Marco Antonio, parten a la celebración de la fiesta Lupercalia. Justo antes de su partida, César se topa con un adivino, quien en dos ocasiones le hace la advertencia profética: “¡Cuidado con los idus de marzo!”

Ya saliendo, Casio habla con Bruto:

Casio—¿Iréis a ver el orden de las carreras? (es decir, a

la fiesta con el séquito de César).

Bruto—¿Yo? No.

Casio—*Id. Os lo ruego.*

Bruto—*No soy aficionado a juegos. Me falta algo de ese vivaz espíritu que tiene Antonio. Pero no sea yo estorbo a vuestros deseos: me alejaré.*

En este intercambio, ¿qué podría justificar tres horas de trabajo? Conforme Beltrán guiaba, convencía y desafiaba con paciencia a los actores en escena, estos dejaban la formalidad y empezaban el cambio, de ser Scott y Michael, para convertirse, en la imaginación de los espectadores, en los verdaderos personajes recreados por Shakespeare.

Para presentar de forma apropiada estas líneas, Beltrán insistió que primero tenían que ver lo que sabemos de la obra completa, para ayudar a ubicar este intercambio en el principio. En el transcurso de su diálogo, Beltrán, los actores y el público descubrieron que tanto Bruto como Casio tienen razón en temerle a César. Hay una tensión en las calles de Roma, de la que nos enteramos por la primera escena de la obra. Es claro para Casio que César pretende convertirse en dictador, una perspectiva que quiere detener.

A Bruto, otrora el favorito de César, lo está reemplazando Marco Antonio, algo que pronto vemos es muy perturbador para él. Escuchó la advertencia del adivino, conoce las ambiciones de César y de Antonio, y también la inestabilidad de la turba. Pero, ¿hará algo para enfrentar la crisis?

Para preparar la escena, tienen que repasar estos sucesos en su mente, antes de articular la primera palabra. Tienen que clavarse este “subtexto” en sus entrañas antes de empezar. Para interpretar a Casio, tienes que responderte, dada la forma en que esta crisis está desarrollándose, ¿qué quiere Casio? ¿Por qué llamó aparte a Bruto? En cuanto a la respuesta de Bruto, ¿por qué se comparó él mismo con Antonio (en su respuesta: “Me falta algo de ese vivaz espíritu que hay en Antonio”)?

Shakespeare ha intensificado la tensión preparándonos para lo que viene. Casio, quien le tiene puesto el ojo a Bruto, lo lleva a darle alguna señal de que pudiera considerar la idea de unirse a una conspiración en contra de César. Cuando Casio le dice a Bruto que quisiera que pudiera verse a sí mismo como los demás lo ven, como alguien cuya “oculta valía” muchos de los mejores de Roma reconocen, “excepto el inmortal César”, Bruto indica que sabe para donde va la conversación:

Bruto—*¿A qué peligros querríais arrastrarme, Casio, haciéndome buscar en mí mismo lo que no existe en mí?*

¿Por qué lo que Casio le plantea a Bruto es un peligro para él? Si Bruto asiente, ya está cerca de aceptar participar en un complot contra César, en caso de darse.

Mientras Casio continúa enredándolo, hay un griterío de la multitud en la celebración que hace que Bruto revele lo que Casio está buscando: la confirmación de que Bruto, el otrora favorito de César, quizá esté listo para unirse a su conspiración. Bruto entonces responde al ruido de la multitud.



El actor y director Robert Beltrán dirige un taller de drama el 5 de septiembre de 2004, durante la conferencia semestral del Instituto Schiller en Pasadena, California. (Foto: Sylvia Spaniol/EIRNS).

Bruto—*¿Qué significan esas aclamaciones? Temo que el pueblo elija a César por su rey.*

Casio suelta esto:

¿En verdad teméis eso? Luego debo pensar que no lo deseáis así.

Bruto—*No lo quisiera, Casio. . .*

Así, vemos que Casio tuvo éxito, pues consiguió la confirmación que deseaba. La de que Bruto está listo para unírsele.

En esta escena, vemos cómo Casio pudo sacarle algo al estado mental de Bruto. Mediante el diálogo deliberado que Casio escogió, el público también puede ver el proceso mental de Bruto, sacando a flote la “gran ironía” que Bruto representa, el porqué en última instancia fallaría.

A Shakespeare tienes que vivirlo

Tras de trabajar con los dos primeros jóvenes, Beltrán señaló cómo los miembros del MJL, con su compromiso por crear un nuevo Renacimiento, pueden ir más allá de las palabras, para hacer del drama clásico una herramienta eficaz en la labor organizativa política.

“Si alguien puede tener un idea para presentar esta obra”, dijo, “son todos ustedes en esta organización. No fue hecha para que la reciten, sino para *vivirla*. Su intención tiene que ser la de organizar a la gente que ve esta escena, la de hacerlos ver en los dirigentes de Roma [en el escenario] a los de nuestro país hoy.

“Ustedes le incorporan este entendimiento —incluyendo lo que experimentan en el organizar político— de quiénes son como seres humanos y, con alegría, con gran amor y pasión, organizan a esta gente. . . Para esto, necesito que hagan una inversión personal”. Los actores que pasaron por los rigores del taller, así como los integrantes del público, quienes también trabajaron duro, hicieron semejante inversión.

Y así es cómo le respondí a mi agitado y joven amigo. Esta tarde, le dije, hicimos descubrimientos, incluso aquellos que no aparecimos en escena.